

rránea música del castillo encantado, y ví que las montañas de alrededor se precipitaban sobre mi cabeza, que las rojas techumbres de Ilsenburgo comenzaban á danzar, y los verdes árboles á girar en el azul horizonte, que todo se convirtió á mis ojos en verde y azul, y de seguro víctima del vértigo, hubiera rodado al abismo, si en mi angustioso estado no me asiera con fuerza á la cruz de hierro. Creo que nadie llevará á mal que lo hiciere en situación tan apurada (1).

(1) Este último punto falta en la versión francesa. Pero en los fragmentos de los *Reisebilder*, traducidos por Loewe-Weimars, bajo el título de *Excursión al Blochsberg y á las montañas del Hartz*, etc., en vez de la última frase del texto, suprimida en la versión francesa del autor, léese: *No siempre es bueno para el lector ni para uno mismo que el viajero sea un poeta.*

EPÍLOGO (1).

El *Viaje al Hartz* es y continúa siendo un fragmento, y los matizados hilos tan lindamente retorcidos para enlazarlos en un todo armónico, han sido cortados de repente, como por la tijera de la inexorable parca. Quizá los teja más adelante con otros futuros cantares, y lo que ahora he velado prudentemente lo diga entonces por completo. Al fin, nada importa cuándo y cómo se dice una cosa, con tal que se diga, que es lo principal.

Bien puede una obra seguir siendo un fragmento, cuando en su conjunto forma un todo, pues mediante esta correlación se pueden completar acá y allá muchos pasajes deficientes, allanar escabrosidades y dulcificar asperezas (2). Esto sucedería acaso con las primeras páginas del *Viaje al Hartz*, que podrían producir una impresión menos desagradable, si añadiera que el resentimiento que abrigo contra Göttinga en general, es más

(1) Sin epigrafe en el original ni en la versión francesa.

(2) Falta en la versión francesa desde aquí hasta el fin del párrafo.

grande aún de lo que he manifestado, pero no tanto como la veneración que siento por algunos de sus individuos. Y ¿por qué callarlo? Aludo aquí especialmente á aquel hombre queridísimo que en mis primeros tiempos me recibió tan afectuosamente, me inspiró profundo amor hacia los estudios históricos, me animó después para continuarlos con afán, y de este modo guió mi espíritu por más tranquilas vías, dando saludable dirección á los sentimientos de mi vida, y preparándome, sobre todo, aquellos consuelos históricos, sin los cuales jamás hubiera podido soportar los diarios y atormentadores sucesos. Hablo de Jorge Sartorius, del gran investigador y grande hombre, cuyos ojos son claras estrellas en nuestros oscuros tiempos, y cuyo corazón hospitalario está abierto á todos los dolores y alegrías, á los cuidados del mendigo ó del rey, y á los últimos suspiros de los pueblos decadentes y de sus dioses.

No puedo menos de hacer notar aquí que el Hartz superior, la parte del Hartz, que comienza desde el principio del valle del Ilse, que es la que he descrito, no ofrece en general tan agradable aspecto como el romántico y pintoresco Hartz inferior, y en su salvaje aspereza, en la hermosura de sus sombríos abetos contrasta completamente con él; asimismo los tres valles del Hartz inferior, formados por el Ilse, el Bode y el Selke, contrastan entre sí agradablemente, si se sabe personificar el carácter de cada uno de ellos. Son tres mujeres tales que es difícil llegar á determinar cuál es más bella.

Ya he hablado de la amable y dulce Ilse, y he can-

tado cuán amable y dulcemente me recibió. Bode, belleza sombría, no me recibió tan graciosamente, y cuando la vi por primera vez en la negra comarca de Rübeland, me pareció regañona y se envolvió en su velo de lluvia de un gris plateado; pero inflamada por repentino amor despojóse de él, y cuando llegué á la altura de Rosstrappe, brillaba ante mí su rostro con la magnificencia de un sol, todos sus rasgos exhalaban colosal ternura, y su enternecido seno roquizo, algo como apasionados suspiros y acentos lánguidamente melancólicos.

Menos tierna, pero más alegre se me mostró la bella Selke, bella y amable joven, cuya noble sencillez y serena calma aleja de sí toda sentimental familiaridad; pero cuya medio encubierta sonrisa delata una intención provocativa, á la cual pudiera yo muy bien atribuir la multitud de detalles desagradables que me ocurrieron en el valle de Selke. Al querer saltar la corriente, caí precisamente en medio; después, cuando hube sustituido mi calzado mojado por unas chinelas, perdí una, y bien pude destrozarme los pies, porque una racha de viento me llevó la gorra, y las espinas me desgarraron las piernas, con otros contratiempos más. Pero yo perdono gustoso á la dama todos estos detalles desagradables, porque es bella, y en este momento la veo en mi imaginación con todos sus tranquilos y amorosos atractivos, y parece decirme:—«Por más que soy burlona os tengo muy buena voluntad, y os suplico que me cantéis.»

Surge también en mi memoria la magnífica Bode, y sus oscuros ojos me dicen:—«Tú me igualas en or-

gullo y en dolor, y quiero que me ames.» También la bella Ilse llega saltando, con rostro, figura y movimientos elegantes y encantadores; se parece en un todo á la dulce criatura que me hace dichoso en sueños, y como ella, me mira con incontrastable indiferencia, y al mismo tiempo de un modo tan íntimo, tan eterno, tan verdaderamente transparente!... Pues bien, soy Paris; las tres diosas están en mi presencia, y otorgo la manzana á la bella Ilse.

Hoy es el primero de Mayo, la primavera se derrama sobre la tierra como un océano de vida; la blanca espuma de las flores permanece suspendida de los árboles, y amplia, cálida y brillante niebla se extiende por doquier; brillan alegremente las vidrieras en las ventanas de las casas; los gorriones trabajan en sus niditos sobre las techumbres; las gentes pasan por las calles admirándose de lo provocativo del ambiente, y de su extraña disposición de ánimo; las campesinas de abigarrados trajes traen ramos de violetas; los niños expósitos con sus lindos semblantes ilegítimos suben por *Jungfernstieg* (1) y se regocijan como si hoy hubieran de recobrar á su padre; el mendigo está al extremo del puente con aire tan placentero como si le hubiera tocado el premio grande; hasta al negro y aun no ahorcado corredor, que se pasea allá con su canallesco rostro de mercader, le alumbra el sol con sus más tolerantes rayos. Salgamos fuera de las puertas.

(1) *Escalera de las vírgenes*: sitio de la población.

Es el primero de Mayo, y pienso en tí, oh bella Ilse, ó *Inés*, si así he de llamarte, porque este nombre es el que más me gusta; pienso en tí y quisiera volver á ver con qué esplendor descendes de la montaña. Sobre todo, quisiera estar en lo profundo del valle y recibirte en mis brazos.

¡Hermoso día! Por doquiera miro el color verde, el color de la esperanza. Por doquiera, cual por maravilloso encanto, se abren las flores y también mi corazón quiere florecer. Este corazón es también una flor, pero una flor muy extraña. No es una modesta violeta, ni una rosa riente, ni un lirio puro, ninguna de esas florecillas que regocijan con su graciosa gentileza los sentidos de las doncellas, y que se dejan lindamente prender sobre tan lindos senos, marchitándose hoy para recobrar su fragancia mañana. Este corazón se asemeja más bien á esa grandé y extraña flor de los bosques del Brasil, que, según la leyenda, sólo brota una vez cada siglo.

Yo recuerdo haber visto una vez esta flor, cuando era niño. Oímos por la noche como un disparo de pistola, y á la mañana siguiente me contaron los niños del vecino que habían sido sus áloes que con tal estruendo habían abierto sus flores. Me llevaron á su jardín y allí ví con asombro, que la planta baja y dura, con sus hojas de un ancho extravagante y rodeadas de estrias, con las que fácilmente podía uno herirse, se había elevado extraordinariamente, y en su cima, ostentaba á manera de áurea corona, la magnífica flor.

Como éramos pequeños no podíamos verla á seme-

jante altura, y el anciano y sonriente Christián, que nos quería tanto, construyó una escala de madera en torno de la flor, y trepamos por ella como gatos, contemplando curiosamente el cáliz de la flor abierta, del que surgían con inusitada pompa sus amarillos estambres y su aroma extraño y salvaje.

Sí, Inés, este corazón no florece ni con frecuencia ni con facilidad; hasta donde llegan mis recuerdos, no ha florecido más que una sola vez, y esto hace ya tanto tiempo que ocurrió, que seguramente ha transcurrido un siglo. A lo que creo, ¡qué magníficamente hubiera desplegado entonces su flor, si no la hubiera entristecido la carencia de luz y de calor, y no la hubiera arrancado violentamente un obscuro vendaval de invierno! Pero ahora se agita é hinche nuevamente en mi pecho, no te asustes, ¡oh niña, cuando de pronto oigas su estampido! No será que me haya suicidado, sino que mi amor abre sus botoncillos, y estalla en radiantes cantos, en ditirambos eternos, en sonoras y alegres armonías.

Pero este amor hacia tí, ¡oh niña! se ha elevado tanto, que para poder apreciarle, debes subir la escala de madera, y mirar desde lo alto de ella á mi floreciente corazón.

Aun es temprano, apenas el sol se halla á la mitad de su curso, y mi corazón exhala tan penetrantes perfumes, que en densa atmósfera suben á mi cabeza, y no sé ya donde cesa la ironía y comienza el cielo. Pueblo con mis suspiros el aire, y quisiera en dulces átomos disolverme en la increada divinidad; pero ¿qué será de esto cuando se haga de noche, y las estrellas aparez-

can en el cielo, «las infelices estrellas, qué pueden decirte.....?»

Es el 1º. de Mayo, el más mísero de los horteras tiene hoy derecho á ponerse sentimental ¿podrías impedirselo al vate?